

...hay que prenderle fuego a todo,
hay que incendiar las ciudades...

Esa furia contenida, con frecuencia al no estallar,
gira en redondo y daña a los propios oprimidos.

LETRA DE JOEY STARR DEL GRUPO RAPERO
"NIQUE TA MERE" DE MARSELLA

JEAN-PAUL SARTRE

Conflicto social y espacio urbano arquitectónico en Francia

Palabras clave:
rebelión juvenil en Francia
condiciones de la vivienda
espacio urbano
inmigrantes

Resumen

El artículo trata de una de las causas de la rebelión francesa del otoño de 2005: la situación de los espacios urbanos y arquitectónicos en donde viven los jóvenes rebeldes y sus familias; aquellos vecindarios que en muchos casos se han convertido en guetos y donde se alojan inmigrantes de origen norafricano y musulmán de bajos ingresos, donde viven hacinados en viviendas en edificios en altura, construidos entre 1960 y 1970, con una degradación y en una superficie a veces de apenas 25 m², para una familia promedio de cinco miembros. Esta situación, ligada a la represión policiaca, la segregación, la exclusión y otras formas de discriminación estimularon la reciente rebelión incendiaria de los jóvenes en Francia.

GUILLERMO BOILS M.
DEPARTAMENTO DE TEORÍA Y ANÁLISIS
UAM-Xochimilco
Investigador en el IIS/Profesor en la DEP,
Facultad de Arquitectura, UNAM.
E-mail: boils@servidor.unam.mx

Key words:
youth rebellion in France
conditions in architectural- and urban spaces
immigrants

Abstract

This article concerns on one particular cause of 2005 autumn French rebellion: the urban and architectonic space situation where the young rebels and their families live. Those neighborhoods, in many cases, are become ghettos. Most of them are situated in the poorer banlieues or suburbs of France, especially those of Paris and they house an impoverished population largely of North African Muslim and Black African origin. These immigrants are living in large medium- and high-rise building developments. They were built in the 1960's and 1970's mainly in the industrial suburbs to the north and east of Paris, especially in the department of Seine-St-Denis, but also in other main French towns. In those ghettos the housing degradation is worst and the apartments surface sometimes is only 25 square meters, for an average of five family members. This situation, linked with segregation, exclusion and other discrimination ways stimulated the young incendiary rebellion recent in France.

Las causas de los conflictos sociales que durante varias semanas del otoño de 2005 sacudieron a decenas de ciudades francesas son múltiples. Estos conflictos brotaron también, aunque con menor intensidad, en varias localidades de otras naciones de Europa occidental. Se trató de una extendida rebelión juvenil en la geografía citadina europea, que de ninguna manera tuvo un origen exclusivamente coyuntural. En efecto, cabe considerar, en gran medida, una respuesta a lo que podríamos conceptualizar en términos de exclusión sociocultural y económica, con diversas y añejas manifestaciones específicas. Así, advertimos que el descontento y su explosiva salida en calidad de violencia urbana tuvieron como sustrato invariable las profundas formas de segregación social existentes en las sociedades francesa y europea contemporáneas. Esta segregación se viene arrastrando desde mucho tiempo atrás y se expresa en varias modalidades concretas de discriminación, entre las que se hallan las de carácter étnico, cultural, religioso, laboral, educativo, espacial y algunas otras más.

Es difícil establecer cuál de los factores señalados pudiera tener mayor peso específico como impulsor de ese aparentemente inexplicable afán destructivo, desplegado por miles de jóvenes en su mayoría de entre 13 y 18 años de edad. Sin embargo, en estas páginas se examinan aquellos aspectos ligados de manera primordial con los componentes espaciales, tanto en el ámbito urbano, como arquitectónico. El trabajo atiende a la configuración y organización física de los conjuntos habitacionales; al igual que a la ubicación y conformación de los barrios o zonas urbanas y suburbanas donde han crecido los protagonistas de la rebelión y sus familias. Del mismo modo, se examinan aquí diversas características de las casas habitadas por dichos actores sociales. Se asume como idea rectora del trabajo que las limitadas dimensiones y la deficiente calidad de la vivienda, junto con el deterioro y abandono de los barrios en que habitan los jóvenes rebeldes, contribuyen a incrementar la ya de por sí profunda inconformidad social de sus pobladores. Es preciso apuntar que no se considera que las condiciones de la vivienda y de los barrios hayan sido los factores decisivos en la emergencia de la rebeldía. De esa suerte, las variables espaciales se agregan a la serie de causas socioculturales y económicas apuntadas.

VIOLENCIA JUVENIL Y ESPACIO URBANO ARQUITECTÓNICO

La rebelión de los jóvenes en el otoño francés de 2005 tuvo diversos destinatarios. Desde luego se ejerció contra los cuerpos de seguridad del Estado y en particular contra la policía. Decenas de gendarmes y hasta bomberos resultaron lesionados, sobre todo en los suburbios del nordeste parisino, pero destaca que se dirigiera contra objetos materiales, ocupando el primer lugar los automóviles, dada la facilidad para incendiarlos con tan sólo un coctel molotov. Fueron miles de vehículos los que en cosa de un mes quedaron calcinados en decenas de localidades de Francia. Sin embargo, la violencia contra los objetos materiales también se descargó contra inmuebles y equipamientos urbanos, situados en su mayoría dentro de las zonas donde viven los protagonistas de la violencia. En tales condiciones, para las dos primeras semanas de aquel explosivo torbellino juvenil, los daños a automóviles y edificios públicos sumaban más de 200 millones de euros (Mouloud, 2005).

El 27 de octubre de 2005 se inició la oleada de destrucción, a raíz de la muerte de dos adolescentes de ascendencia magrebí en Clichy-sous-Bois, suburbio parisino. El deceso de los jóvenes fue causado por la descarga eléctrica de un transformador, en el que se escondieron al ser perseguidos por la policía. Este evento fue el detonador que inflamó los ánimos de una creciente población juvenil en una de las zonas con mayores índices de desempleo y los más bajos salarios del país. Así, durante varias semanas millares de grupos de jóvenes, casi niños muchas veces, se lanzaron a incendiar autos, al igual que diversos inmuebles, aunque en menor escala. Con esta explosiva conducta los jóvenes estaban poniendo en evidencia, junto con su repudio a la policía y a otras instituciones francesas, su profunda falta de identidad con los espacios barriales y con los edificios públicos en que conviven cotidianamente. Llama la atención que la obsesión pirómana no se detuvo ni siquiera ante un par de clínicas donde los propios incendiarios y sus parientes suelen ser atendidos. Mientras que el domingo 13 de noviembre, en Toulouse, un auto en llamas fue lanzado contra un jardín de niños en el barrio de La Reynerie (*El Universal*, 2005, 4-A).

En efecto, la obsesión por prenderle fuego a todo fue tan irrefrenable que se volcó contra muchos de los lugares públicos que son de beneficio para las bandas incendiarias. ¿Cómo explicarse que, por ejemplo, la noche del lunes 7 de noviembre fueran incendiadas cuatro bibliotecas públicas en diversos municipios, tres centros de desarrollo infantil, así como un gimnasio en el conjunto habitacional de Les Tilleuls en la región de Seine-Saint-Denis? (*Le Monde*, 2005, 1-4). La furia juvenil devastadora en unos cuantos días se extendió



Foto 1. Autos ardiendo frente a un edificio en altura, de un conjunto habitacional en Toulouse, la noche del 3 de noviembre de 2005.



Foto 2. Bomberos apagando un auto que arde en Argenteuil, al occidente de París, la noche del 6 de noviembre de 2005.

a otras localidades, alcanzando a más de 300 en Francia (*El Economista*, 2005, 1). Además de la zona metropolitana de París, las bandas incendiarias arremetieron contra infinidad de vehículos y edificios, cobrando vigor sobre todo en Estrasburgo, Rennes, Toulouse, Niza, Orleáns, Le Havre, Amiens y Rouen. Estas ciudades también vivieron sus madru-

gadas de fuego, en las que se consumieron entre otros equipamientos: diversas oficinas de correo, decenas de depósitos de basura, incontables piezas de mobiliario en parques públicos, al igual que varias delegaciones de la gendarmería local.

Ciertamente, los protagonistas de la rebelión no prendieron fuego a sus propias casas. Ello habría sido una suerte de equivalencia habitacional del suicidio. Su desesperanza y rencor social acumulados no han llegado todavía a manifestaciones tan directa e inmediatamente autodestructivas. Tal vez por ello desviaron su agresión, canalizándola hacia otros objetos y espacios cercanos o pertenecientes al entorno barrial donde viven. Y si bien de manera cotidiana suelen perpetrar daños a diversos componentes espaciales en los conjuntos donde residen, estas agresiones a los espacios habitacionales en muy raras ocasiones se descargan contra las viviendas propias.

Unas semanas antes de los sucesos de Francia, en la Nueva Orleans devastada por el ciclón Katrina se podía ver a saqueadores apoderándose de objetos materiales de todo tipo. Aunque mucho de lo sustraído en tiendas y almacenes de aquella ciudad en el sur de los Estados Unidos era agua embotellada y comida, el saqueo también comprendió artículos electrodomésticos y otros bienes. Lo cierto es que, mientras en Nueva Orleans las bandas se dedicaban a apropiarse de objetos materiales, en las localidades francesas más bien imperó la destrucción, principalmente prendiendo fuego a mucho de lo que hallaban a su paso. Fue tal el afán destructivo que el 2 de noviembre en Aulnay-sous-Bois, en la periferia nordeste de París, alrededor de 40 jóvenes prendieron



Foto 3. Policía antimotines frente a una unidad habitacional del nordeste parisino a fines de octubre de 2005.



Foto 4. Bomberos en un jardín de niños incendiado los primeros días de noviembre de 2005 en la ciudad de Lille.

fuego a múltiples objetos de mobiliario urbano y a un centro comercial, para terminar incendiando una escuela de educación básica (Cesaux, 2005, 2).

Más aún, la expresión de rechazo, con alta dosis de nihilismo, tampoco se contuvo en el arrebato incendiario juvenil ante un par de templos cristianos. Y aquí resulta insuficiente la explicación muy difundida de que se trataba de jóvenes musulmanes, dado que en la destrucción de iglesias también hubo participación de franceses blancos provenientes de familias cristianas. Aunque la presencia de estos últimos fue minoritaria en las brigadas incendiarias, fue igual de virulenta que la de los

jóvenes magrebíes o del África subsahariana. Ello puso de manifiesto el hecho de que estos blancos de orígenes cristianos, provenientes de familias con muy bajos ingresos, en su mayoría viven en las mismas condiciones habitacionales y de exclusión social que las familias de jóvenes, hijos o nietos de inmigrantes de otros países. De otra parte, lo ocurrido en octubre y noviembre de 2005 no era algo inédito en la conflictiva social de Francia. Estuvo precedido por eventos de carácter similar, aunque las anteriores manifestaciones de violencia fueron relativamente aisladas. Sin embargo, tampoco fueron tan esporádicas, dado que durante los primeros nueve meses de 2005 se habían registrado en toda Francia más de 70,000 actos de violencia urbana. Desde el primero de enero del año en cuestión se habían quemado más de 28,000 automóviles, al igual que 17,500 contenedores de basura; en los primeros 10 meses de 2005, la estadística de daños a bienes inmuebles de diverso tipo alcanzaba un número cercano a los 6,000 incidentes (*Le Monde*, 2005, 1).

En suma, como señalara de manera atinada *Le Monde*: “[...] la cólera de los jóvenes en los *banlieus* (para usar la expresión francesa correspondiente) además de los automóviles, apuntaba también contra los objetos y las propiedades” (*Le Monde*, 2005, 12). Esa cólera no se ejerció, salvo en muy contadas ocasiones, contra los barrios de los sectores privilegiados o las capas sociales medias, sino que tuvo como escenario casi exclusivo las propias zonas donde residen los rebeldes. Más aún, cabe reflexionar sobre la caracterización acerca de dicha violencia planteada por el sociólogo francés Eric Marlière quien incluso sostiene que se trató de “[...] una

reivindicación profunda de toda o parte de la juventud de los *banlieues* francesas, como signo de un malestar social importante [...]”. Añade además, que dicha violencia “[...] no puede ser vista como algo gratuito”, concluyendo por tanto “[...] que su generalización en cientos de barrios urbanos y suburbanos de la nación francesa evidencia causas muy profundas. Entre las que se encuentra la segregación física y la precariedad espacial en que se hallan sumidos los protagonistas de la rebelión”. Por lo que la represión policíaca no propició, en último término “[...] más que una propagación y profundización de la rebeldía juvenil” (Marlière, 2005, 4). Develando, asimismo, el profundo descontento que impera en barrios donde predomina la población inmigrante de origen musulmán, sobre todo norafricana y sus descendientes nacidos en tierra francesa, algunos de ellos de hasta dos generaciones.

HABITABILIDAD DE LOS ESPACIOS

La prueba de fuego de los espacios urbano arquitectónicos pasa ante todo por tres factores: *el tiempo, el uso y el usuario*. Su grado de habitabilidad, más allá de las definiciones teóricas, se puede aquilatar atendiendo, en una primera instancia, a la capacidad que dichos espacios tienen para resistir el paso del tiempo, tanto por lo que hace a su durabilidad material y resistencia estructural, cuanto a que sus formas e imagen no envejezcan. El siguiente aspecto que permite probar la calidad de las viviendas y unidades habitacionales se localiza en su funcionamiento, lo que ante todo se refiere a su valor de uso; esto es, la capacidad



Foto 5. Vista del Mercado en el conjunto multifamiliar de Clichy-sous-Bois, cerca de París, con dos autos incendiados en primer término, el 2 de noviembre de 2005.



Foto 6. Vista reciente de la Unidad habitacional de Marsella, Le Corbusier 1946-1952.

para satisfacer de *manera objetiva* las necesidades vitales de sus ocupantes. Por último, está el factor más importante: el usuario. Este asunto atiende tanto al grado de satisfacción (o insatisfacción) real que el ocupante de la vivienda, o el habitante del barrio, tiene frente al lugar en el que habita, así como a la percepción relativa sobre el nivel en que ese lugar cubre o no sus expectativas.

Es ampliamente conocido que las viviendas de la Francia urbana, y de París en particular, suelen ser de dimensiones más reducidas a las de otras ciudades en naciones con un nivel de desarrollo similar. La superficie promedio de los departamentos en el centro de la capital francesa es de 45 m². Empero, las viviendas ocupadas por las clases subalternas son de tamaño mucho menor, acercándose apenas a los 32 m² de área total. Esto lleva a situaciones más agudas de estrechez cuando se trata de los barrios de la periferia parisina, donde no es nada remoto encontrar viviendas con 25 m² de área útil o menos. Esas viviendas representan poco más de 6% del total de 25.6 millones de hogares principales existentes en Francia, al 31 de enero de 2005.¹ Precisamente las zonas donde la violencia del otoño de 2005 alcanzó mayor intensidad fueron aquellas donde gran parte de las viviendas tienen promedios ubicados dentro de esta última extensión (Pérez, 2005, 34).

Aunque algunas familias habitantes de tales conjuntos están constituidas por franceses cristianos blancos de bajos ingresos o desempleados, una proporción mayoritaria de los pobladores proviene de zonas rurales de África y Asia. Por tanto, entre los de migración reciente se trata de personas que generalmente tuvieron posibilidades de mayor espacio en sus lugares de origen, respecto de las brindadas por sus alojamientos en las urbes francesas (Rapoport, 1994, 41). Pero incluso aquellos que son residentes en Francia de segunda y hasta de tercera generación, suelen permanecer reclusos en esos sistemas de vivienda pública, apretados en tan limitadas superficies. Además, en el caso de los hijos y nietos de migrantes, en su mayoría africanos o asiáticos, permanecer por generaciones en este confinamiento espacial con muy alta densidad, tiende a potenciar el resentimiento social, al advertir que siguen igual de hacinados que sus ancestros. Aquí ya no es la nostalgia del espa-



Foto 7. Construcción de unidades habitacionales en los suburbios de París, a mediados de la década de 1950.

cio rural que se dejó atrás lo que interviene, sino la desesperanza de no poder salir de tan reducida condición habitacional.

En concordancia con lo anterior, la falta de movilidad social ascendente a la que se ven sometidos estos sectores tiene su equivalente espacial en la permanencia dentro de esas verdaderas “cápsulas” habitacionales; espacios de notable estrechez característicos de esas tipologías de vivienda, cuyo nivel de saturación se acrecienta cuando, como ocurre con frecuencia, se trata de familias con más de cinco integrantes. Aunque debe admitirse que esta condición de hacinamiento no es nueva y se la encuentra ya desde hace varias décadas (Chombart, 1969, 51). Lo que llama la atención es que, a pesar del avance experimentado por la economía y la sociedad francesas durante el último medio siglo, tales condiciones de hacinamiento no hayan variado; la alta densidad imperante en esas viviendas arroja una disponibilidad real de 5 m² per cápita, para una parte considerable de la población ahí alojada.

De acuerdo con el censo francés de población levantado en 1999, la densidad absoluta de población en la ciudad de París fue de 20,164 habitantes por kilómetro cuadrado. Si se desagregan las superficies correspondientes a los bosques de Boulogne y de Vincennes entonces la densidad asciende a 24,448 habitantes por kilómetro cuadrado; un índice de ocupación territorial muy alto, similar al de las ciudades con mayor densidad poblacional de Asia. A su vez, el conjunto de habitantes en la zona metropolitana de París

ascendió en 2004 a 11.5 millones de habitantes, situándose como una de las más pobladas zonas metropolitanas de Europa; esta cifra corresponde a la región parisina o Isla de Francia (en francés *Île-de-France*) (INSEE, 2005). La tasa de crecimiento poblacional en la zona metropolitana de París para el periodo 1999-2004 duplicó la que se tuvo ahí durante los diez años anteriores (de 1900 a 1999).

Una última consideración sobre la habitabilidad de las viviendas de interés social en la periferia de las ciudades francesas nos deja ver que ésta se dificulta, dado que los edificios en los conjuntos de vivienda están constituidos, en su gran mayoría, por torres con más de 15 niveles de altura, ello ocasiona un mayor agravamiento de la deficiencia habitacional, debido a que, con frecuencia, suele haber interrupciones en la electricidad, descomposturas en elevadores y bombas de vacío que surten de agua a los edificios, así como irregularidades en la recolección de basura. Esta situación se hace más frecuente en las deterioradas unidades de vivienda construidas hace más de medio siglo. De ahí que, con anterioridad a los sucesos del otoño de 2005, hayan ocurrido algunos motines en esos conjuntos multifamiliares, en parte motivados por las fallas en los servicios.

ESPACIO URBANO Y UNIDADES MULTIFAMILIARES EN FRANCIA

En su concepción fundamental el complejo de bloques multifamiliares, con edificios en altura, adquirió los rasgos dominantes de su perfil arquitectónico en la Francia del periodo que siguió a la Segunda Guerra. Tuvo antecedentes remotos en los sistemas de vivienda desplegados por la revolución industrial, y más tarde en los realizados durante la segunda mitad del siglo XIX. Empero, fueron las tesis de Le Corbusier planteadas desde la tercera década del siglo XX, acerca de la vivienda como *máquina de vivir*, las que contribuyeron a cimentar ese esquema habitacional. Para este talentoso arquitecto y urbanista, la vivienda tradicional producida a través de procedimientos artesanales y edificada como objeto individual ya no tenía vigencia en la modernidad del siglo XX. Para él y sus seguidores, en ese momento se presentaba la oportunidad de la construcción de vivienda en serie, con grandes programas habitacionales masivos, los que permitirían hacer frente al incremento demográfico que afrontaban las ciudades (Le Corbusier, 1973, 211-214).

Para la década de 1960 este modelo urbano arquitectónico se había convertido en uno de los paradigmas más identificados con la idea de la modernidad urbana. No es de sorprender que en ese tiempo se lo describiera como: “[...] un hábitat colectivo enteramente nuevo, respondiendo a una situación económica, técnica y demográfica nuevas” (Kaës,

¹ Datos proporcionados por el INSEE, 2005, *Enquêtes Annuelles de Recensement 2004-2005*, París, Institut National de la Statistique et des Études Économiques, p. 2. El concepto de hogar o vivienda principal en el censo francés se refiere a aquellas viviendas que son de uso habitual, es decir, las que no son de fin de semana o de descanso; si se agregan éstas, entonces el total sube a 31.3 millones de viviendas en 2004 para toda la nación.

1963, 39). En efecto, su exitosa difusión había logrado que se extendiera por la mayoría de las ciudades del planeta, después de haber cobrado un fuerte impulso en los países de Europa Oriental, sobre todo en la Unión Soviética. Así, grandes porciones del paisaje ciudadano en todo el planeta fueron convertidas en unidades habitacionales, donde la repetición del mismo edificio se extendía sobre varias hectáreas, al tiempo que un mismo prototipo de vivienda se estandarizaba en cada uno de las decenas de edificios que constituían el conjunto habitacional: la imagen de monotonía, extendida por cientos y miles de hectáreas de las ciudades del planeta, se generalizó con la posguerra.

En Francia el periodo 1960-1975 fue el de mayor auge en la creación de grandes conjuntos habitacionales, desplegados sobre todo en las periferias urbanas. Durante esos años la tasa de viviendas construidas en aquella nación europea alcanzó la cifra de medio millón por año. La intensidad de un programa habitacional tan ambicioso respondía a los rezagos acumulados por la destrucción derivada de la Segunda Guerra, los flujos migratorios del medio rural a las zonas urbanas y la repatriación superior a un millón de personas a raíz de la guerra en Argelia y ulterior independencia de esa colonia francesa (Chaslin, 2005, 19). La abrumadora mayoría de esas viviendas eran edificadas dentro del esquema de los grandes conjuntos multifamiliares, dadas las relativas ventajas en tiempo y costo de construcción que ese sistema de edificación representaba.

Lo paradójico es que al alcanzar su cúspide constructiva hacia la primera mitad de la década de 1970, este modelo urbano arquitectónico también comenzó a evidenciar sus profundos inconvenientes para las personas ahí alojadas (Pledel, 1970, 140). De tal suerte que muy pronto el esquema comenzó a ser profundamente cuestionado por un creciente número de urbanistas y arquitectos. El arquitecto y crítico británico Charles Jencks, en una declaración de tono francamente teatral decretó la muerte de la arquitectura moderna, al señalar la demolición de edificios correspondientes a ese género de unidades habitacionales en los Estados Unidos. En efecto, a raíz de los serios conflictos y la profunda inconformidad que expresaban quienes vivían en tales recintos, las autoridades locales decidieron dinamitar todo un bloque de edificios en San Louis Missouri, en julio de 1972; se trataba del proyecto de viviendas en edificios multifamiliares de Pruitt Igoe, realizado por el arquitecto Minoru Yamasaki unos años antes (Jencks, 1986, 9). Por cierto que Yamasaki es el mismo arquitecto de las desaparecidas torres gemelas de Nueva York.

Lo cierto es que las alineadas torres, casi siempre de cemento, con su discurso formal estandarizado, marcan a través de su repetitiva



Foto 8. Vista parcial, desde el aire, de un conjunto habitacional francés de los años sesenta.

monotonía un modelo invariante de vivienda, al tiempo que su despersonalizado ritmo de marcada inmutabilidad espacial, aunque pretendidamente democrático e igualitario, conduce en realidad a resultados que con suma frecuencia ocasionan que el usuario abdique del cuidado de su vivienda y del conjunto habitacional donde reside. Más aún, este anónimo e insípido repertorio formal que casi no ofrece variación, suele provocar un abierto rechazo hacia ese espacio y hasta propiciar expresiones de violencia contra el propio espacio edificado. En efecto, los habitantes de esos conjuntos, tan no los sienten suyos, que muy pronto terminan por agredir a los inmuebles: grafitis y destrucción de árboles y plantas son sólo el inicio de una actitud agresiva contra el espacio que incluye defecar u orinar en escaleras y elevadores o prender fuego a los depósitos de basura, como práctica muy recurrente (Boils, 1996, 49-50).

En tales condiciones, la crítica hacia las unidades multifamiliares en altura se fue haciendo más intensa y en la propia Francia, poco tiempo después de la destrucción de los edificios de San Louis Missouri, comenzaron también a demolerlos, sustituyéndolos por edificios de menor tamaño y mayor variedad de diseño. Dentro del programa gubernamental francés para la reconstrucción de unidades habitacionales, se contempla restituir por completo 250 mil viviendas; el Ministerio de la Ciudad, creado hacia 1990, se ha fijado como objetivo alcanzar esta cifra en el 2011, dentro de las acciones prioritarias delineadas



Foto 9. Conjunto habitacional en las afueras de París, 1972.

por esa dependencia. Además, dicha entidad está llevando a cabo otro programa paralelo, mediante el cual se habrán de renovar a fondo otras 40 mil viviendas de las edificadas entre 1950 y 1980. (Chaslin, 2005, 19). Esta extensa campaña de renovación profunda en unidades habitacionales que en promedio no cumplen las cuatro décadas de haberse erigido, pone en evidencia las graves fallas de la política habitacional de toda una nación.

Una última reflexión en torno a la habitabilidad de las unidades multifamiliares francesas consiste en que, mientras éstas decayeron en unos pocos años después de que se las erigiera, las viviendas *históricas* en la ciudad central, muchas con más de dos siglos de existencia, son aún espacios muy apreciados, aprecio que responde a sus superiores cualidades como espacios de vivienda, cuyos materiales y sistemas constructivos tienen mayor calidez física y visual; aparte de que se trata de espacios más generosos en sus dimensiones, lo que contribuye a evidenciar que los prototipos habitacionales de interés social, generados por la modernidad arquitectónica, resultaron un rotundo fracaso o, en el mejor de los casos, han revelado ser poco operantes.

CONFIGURACIÓN DE GUETOS Y SEGREGACIÓN SOCIOESPACIAL:

LA BANLIEUE

La gestación de los guetos tuvo origen mucho tiempo atrás. El expediente de su génesis remite a formas muy antiguas en la dinámica urbana, pero siempre ha estado ligado a la idea de confinamiento de grupos de población, en segmentos territoriales ciudadanos claramente delimitados, por lo que el espacio del gueto muestra siempre un marcado énfasis en la separación respecto del conjunto de los habitantes de la ciudad. No se trata de un territorio amurallado, ni tampoco separado físicamente del resto de la ciudad, pero si se advierte cuando alguien pertenece o no al gueto. Sobre el tema el propio Jacques Chirac, presidente de Francia, manifestó públicamente su preocupación, por lo que denominó: "...la guetización de los hijos de los inmigrantes africanos y musulmanes" (*Independent*, 2005, 5), asumiendo que el origen del conflicto se localizaba también en el proceso de segregación espacial inherente a la condición de guetos donde se desenvuelve gran parte de la población inmigrante y sus descendientes.

Dos ideas se asocian al concepto de gueto: la primera atiende a su carácter de espacio de aislamiento en el territorio ciudadano; y la segunda es su propensión a ser un lugar marcado por la precariedad. La primera tiene un considerable peso conceptual que subraya su condición de sitio aislado, o más propiamente, de espacio de segregación o de confinamiento. En la Francia actual esta

segregación tiene lugar merced a factores de carácter socioeconómico y sociocultural, con una fuerte presencia religiosa, a la que se agrega el ingrediente étnico.

Por lo que hace a la segunda idea, referida a la precariedad y degradación física de los espacios, algunos autores han llevado esta característica del gueto hasta posiciones extremas, calificándolas incluso de “desastrosas” (Harvey, 1998, 146). Las *benlieue* de París, así como las de Lyon o Marsella, son sobre todo lugares donde se alojan los desempleados, aquellos cuya subsistencia material depende de la modesta suma que el Estado francés les proporciona mensualmente. Muchos de los habitantes de los guetos periféricos de la ciudad en Francia llevan un sinnúmero de años sin conseguir empleo y algunos, a pesar de ser adultos de cierta edad, jamás han tenido un trabajo formal. Conforme a la encuesta de empleo de 2004, la tasa de desempleo para el conjunto de Francia se situaba en 9.9% (Attal-Toubert, 2005, 2), en las zonas de la periferia alcanzaba casi 21 puntos porcentuales. En la región nordeste de la zona metropolitana parisina, precisamente donde meses después de la encuesta se originó y cobró mayor vigor la rebelión juvenil, el desempleo se elevaba hasta 26% de población económicamente activa (Pérez, 2005, 26).

En las condiciones anteriores, para una gran proporción de los habitantes de estas zonas resulta imposible pensar en mudarse a una vivienda mejor ubicada, con más servicios y, por supuesto, de mayor tamaño. Este fenómeno se liga al proceso mediante el cual se fue reconfigurando la composición social de los conjuntos habitacionales de las periferias francesas. En ese proceso, los barrios obreros fueron ocupados por inmigrantes, mientras que los trabajadores industriales europeos se mudaron a otras zonas. Asimismo, las unidades habitacionales que se erigieron para albergar a la clase obrera en el cinturón que envuelve a muchas ciudades francesas, se convirtieron de manera paulatina, en espacios destinados a los inmigrantes de manera preponderante.

Así se van consolidando las que podrían denominarse como zonas convertidas en enclaves de exclusión, con características propias de un gueto. Sobre todo, habida cuenta de que un gueto es un área donde la mayoría de las personas que lo habitan tienen un origen común en términos étnicos, de cultura, religión o nacionalidad, y que se asientan allí de manera voluntaria o por condiciones que les son impuestas, pero, siempre con varias circunstancias decisivas, entre las que destacan: la pobreza (muchas veces extrema) de la mayor de sus pobladores; deterioro variable y falta de mantenimiento de la infraestructura urbana y viviendas allí existentes; segregación más o menos marcada territorialmente respec-

to de los otros sectores de la localidad donde se asienta el gueto.

Desde siempre las ciudades, sobre todo en las sociedades capitalistas de mercado, tienden inexorablemente a establecer formas diferenciadas en la ocupación del territorio urbano, muchas veces marcadas por la segregación. Un factor clave en el que se finca dicha segregación tiene que ver con los diferentes niveles de ingreso que perciben los habitantes que pueblan los diversos segmentos de la geografía citadina. Pero también inciden otras variables para condicionar la segmentación de las ciudades actuales: religión, nacionalidad o región de procedencia de los pobladores, factores étnico culturales, idioma, vestimenta y muchas otras costumbres.

EXCLUSIÓN SOCIOECONÓMICA, SEGREGACIÓN ESPACIAL Y CONDICIÓN DE INMIGRANTE

La zona metropolitana de París representa una de los espacios con mayor diversidad cultural entre las grandes ciudades europeas; casi la quinta parte (19.5%) de su población total, está compuesta por personas nacidas fuera de la aglomeración metropolitana. Del mismo modo en que de acuerdo con estimaciones del propio gobierno francés, basadas en el conteo censal de 2004-2005, sobre las zonas suburbanas degradadas, éstas suman 750 en aquella nación. La composición social de las mismas se integra con una alta proporción de inmigrantes, o descendientes de éstos. Lo que lo hace blanco de la xenofobia de un sector, nada reducido por cierto, de la población francesa blanca, cristiana y tradicional.

Veamos algunas tendencias en la distribución de los núcleos sociales dentro del espacio citadino y cercano a las ciudades francesas. Mientras los cascos antiguos de las principales localidades del país tienden a repoblarse por ciudadanos franceses, blancos y de clase media o incluso con niveles de alto poder adquisitivo, las periferias suelen hacerlo de manera abrumadora por los sectores sociales subalternos: magrebíes, africanos subsaharianos, asiáticos o, en menor grado,

latinoamericanos. Un alto porcentaje de los habitantes de la periferia son desempleados, concentrándose allí amplios segmentos sociales entre los que se registran los mayores índices de pobreza urbana y suburbana. Además, en esas zonas urbanas es marcado el predominio de población de origen norafricana, con clara tradición cultural y religiosa marcada por el islam, seguida por población africana del sur del Sahara. Se trata, en suma, de sectores cuyo destino habitacional está en los sistemas de vivienda pública, conformado en su mayoría por unidades de edificios multifamiliares con torres cuyas alturas van de los 10 a los 20 niveles.

Cuando se habita en condiciones de hacinamiento o dentro de espacios sumamente estrechos, se está sometido a una suerte de violencia de baja intensidad. Una violencia opresora espacialmente hablando; pero además violencia permanente, puesto que el espacio sigue manteniéndose inalterado, con sus mismos escasos metros cuadrados para vivir. Y frente a dicha violencia, que por su naturaleza cotidiana parece no serlo, tarde o temprano se alzaría una explosiva violencia, que también se antoja inexplicable. Es entonces que las categorías de la violencia urbana parecieran resultar poco explicables. Si se tratara de terrorismo propiamente dicho la violencia se ejercería contra las propiedades de los sectores sociales medios y altos, o en último término contra las de otros barrios o segmentos de la geografía urbana y suburbana. Pero como vimos se orienta hacia los bienes muebles e inmuebles públicos situados en los propios barrios donde viven sus ejecutores. Así, destruyen los coches de sus pares socialmente hablando, del mismo modo en que incendian escuelas, clínicas y hasta campos deportivos y centros comunitarios.

En el orden de ideas anterior, el descalabro de la política social de las autoridades francesas se ha procesado, en gran medida, como resultado de la verdadera hostilidad

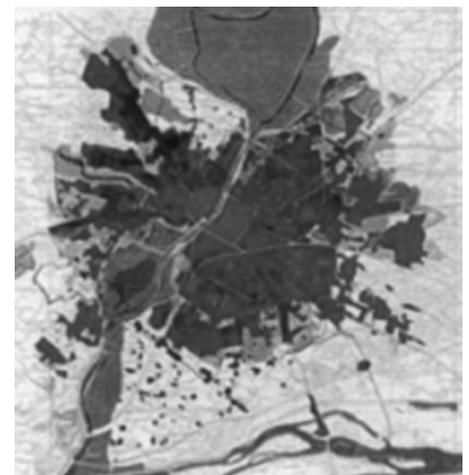


Foto 10. Crecimiento de la mancha urbana de París: izquierda 1962; derecha 1997.

espacial hacia el usuario, contenida en las características de las viviendas así como de las unidades habitacionales donde se lo aloja. Las generaciones adultas comparten con los adolescentes la frustración y desesperanza que se incuban en esos aglomerados habitacionales. Pero la mayoría de los adultos y adultos mayores se resignan y asumen su condición como algo inevitable; los jóvenes en cambio responden en forma explosiva, arremetiendo contra todo, en especial contra lo que conforma su entorno inmediato. Al odio hacia la policía y las instituciones del Estado en todos sus niveles, se añade la destrucción de un espacio en el que lejos de reconocerse, les provoca cuando menos repulsión. Los diarios y medios de comunicación en general le llamaron anarquía de muchachos irreflexivos; pero es algo más que eso, es expresión de hondos impulsos destructivos dentro de un vasto segmento social cuyas aspiraciones de mejoría se encuentran canceladas y que se agudizan más, con la sofocante estrechez de las casas y conjuntos donde han vivido.

La violencia también ha venido a poner en duda el modelo de integración a la vida francesa que el gobierno había desplegado desde hace varios años y dirigía a la comunidad inmigrante, sobre todo a la de carácter musulmán; ésta conforma más de 75% del total. De acuerdo con el conteo realizado en 2004, en Francia residían alrededor de cinco millones de musulmanes (INSEE, 2005, 5-6), cifra que lo sitúa como el de mayor población inmigrante de ese origen cultural en Europa Occidental. Pero la realidad es distinta de los afanes gubernamentales integradores: muchas familias que emigraron en la década de 1960, y que incluso ya van por la segunda generación de hijos nacidos en Francia, permanecen en condiciones muy similares a las de su arribo, hace más de cuatro décadas. Este estancamiento se aquilata de manera muy nítida si se observan las condiciones de las viviendas que habitan en la actualidad.

GÉNERO Y CONJUNTOS HABITACIONALES EN LA FRANCIA ACTUAL

Lo cierto es que si a alguien le toca padecer durante mayor tiempo el hacinamiento habitacional con su inevitable confinamiento, es a la población femenina de los guetos. Sumidas en una tradición patriarcal y machista, que parece ir ganando terreno cada vez más en las comunidades inmigrantes francesas, las mujeres y sus hijos pequeños son los principales usuarios de las viviendas, por ende, vienen a ser ellas las que sufren con mayor intensidad los reducidos espacios que privan en los conjuntos de vivienda de la *banlieue*. Dicha condición se torna más aguda bajo las tradiciones norafricanas e islámicas en general, que tienden a mantener a las mujeres en una situación de encierro

casi permanente dentro de sus casas. Esta circunstancia espacial opresiva a la que se ven sometidas las mujeres, con frecuencia se extiende hasta aquellas zonas deprimidas donde todavía predomina la población francesa “de pura cepa”.

El recogimiento habitacional de las mujeres viene impuesto por los valores tradicionales que prevalecen en la cultura islámica, acerca de los papeles femeninos en el seno de la familia. Estos valores tienen su raíz en la tradición coránica y están muy arraigados en la vida cotidiana, aun cuando quienes los siguen se muden a sociedades como la del mundo urbano francés. Ese aislamiento también es consecuencia del permanente acoso del que son víctimas las mujeres cuando están fuera de casa. Un testimonio por demás revelador al respecto nos refiere lo siguiente: “El barrio es difícil para todo el mundo, pero en primer lugar para las madres y las hijas. Los chicos hacen prácticamente lo que quieren[...] uno a uno se comportan bien, pero cuando van en grupo tienden a ser más violentos.”² Así las mujeres en general, y las jóvenes en especial, son objeto de diversas agresiones por parte de los varones de su misma comunidad, desde frases cargadas de insultos y acercamientos amenazantes, acompañados de insinuaciones de fuerte connotación sexual, hasta amagos de violación y a veces la consumación de ésta.

Si como vimos, se trata de viviendas que apenas llegan a los 25 m² de espacio disponible, la situación claramente opresiva de la condición de sometimiento femenino al dominio patriarcal se ve incrementada por la incuestionable opresión física que deriva de tan escaso espacio vital. Los varones, desde niños, pasan la mayor parte del día fuera de casa, ya sea trabajando, realizando su vida social, en sus correrías por el barrio o simplemente plantados en algún sitio de los espacios colectivos; en tanto, una porción considerable de las mujeres se ve obligada a quedarse encerrada por la tradicional disciplina familiar, o por lo amenazante que se tornan las bandas de jóvenes del barrio, capaces de agredir a las chicas y hasta a las mujeres maduras.

Es por ello que en la rebelión juvenil del otoño francés de 2005 prácticamente no se registró participación femenina. Esto parece plantear una paradoja respecto a las consideraciones iniciales de este trabajo acerca de las limitadas y deterioradas condiciones de la vivienda como factor potencial de rebeldía, sobre todo si las mujeres, que están más tiempo confinadas a las viviendas mínimas, no intervinieron en las jornadas de violencia. Empero esto responde a la propia situación

² Declaración de Fadela Amara, militante de un movimiento feminista en los guetos de la *banlieue* parisina, *El País*, Madrid, 31 diciembre 2005, p. 2.

de opresión y encierro a que están sometidas bajo los valores patriarcales y machistas en los guetos. Esta condición de sometimiento se sobrepone a cualquier otra variable, dado que resulta impensable que las jóvenes pudieran ser aceptadas participando junto con los varones, quienes de antemano las obligarían a regresar a su confinamiento doméstico o hasta podrían hacerlas víctimas de una agresión.

A las anteriores circunstancias se añade que las mujeres de los guetos cada vez abandonan los estudios más pronto que los varones. En efecto, en la *banlieue* casi 30% de ellas se retiran de la escuela de educación básica sin haberla concluido; apenas 20% de muchachas de ascendencia magrebí llegan a cursar estudios superiores en Francia. En contraste, la generalidad de las jóvenes que tienen otros orígenes alcanzan 34% de matrícula universitaria y las jóvenes francesas el 44 por ciento.³ A raíz de esta situación las chicas de los suburbios degradados se ven obligadas a pasar más tiempo dentro de sus casas, en virtud de las muy limitadas posibilidades que les son permitidas de vida social, cultural o de entretenimiento, fuera del hogar.

Lo que también resulta paradójico es que aun aquellas jóvenes del gueto que logran terminar sus estudios técnicos o profesionales y conseguir un empleo, terminan la mayor parte del día confinadas en sus viviendas; nada más concluye su jornada y se ven orilladas a



Foto 11. Unidad habitacional Les Minguettes en Lyon, construida en los ochenta.



Foto 12. Planta baja de un edificio en Cliché-sous-Bois en la periferia de París, estado actual.



Foto 13. Conjunto habitacional en la periferia (*Banlieue*) parisina, estado actual.

reclirse en sus casas de inmediato, ante la inseguridad que ofrece el entorno y la agresividad misógina, característica de los grupos de varones en el barrio. Y esta reclusión en casa no se altera gran cosa los fines de semana o los días feriados, toda vez que las restricciones familiares se mantienen hacia hijas y esposas; como rasgo sintomático, en Francia se está incrementando el número de mujeres jóvenes que se tapan la cabeza y el cuello, apenas alcanzan la pubertad.

CONCLUSIONES

La segregación y la estrechez espaciales son elementos que han contribuido a nutrir y acrecentar la reciente rebelión juvenil de las ciudades francesas; distan mucho de constituir el factor determinante de la emergencia y expansión de la ola incendiaria, que prendió en un sector importante de la juventud, habitante sobre todo los en zonas como la *banlieue* y barrios deprimidos en general. No está de más recordar que el ministro del interior francés, Nicolás Sarkozy calificó a los jóvenes rebeldes de escoria (*raïcailles*). Esa consideración resulta indicativa de la valoración que a los ojos de un sector gubernamental tienen los inmigrantes africanos y árabes, así como sus hijos y hasta nietos nacidos en Francia. Los espacios habitacionales y los barrios urbanos o suburbanos a los que se reduce a una gran proporción de esas familias, son equivalentes a una suerte de depositario de residuos sociales. Sí la política francesa para la integración de la población inmigrante ha fracasado, el hacinamiento y la segregación espaciales en viviendas y conjuntos deteriorados se pueden contar como otra más de sus causas.

³ Datos de un reciente estudio realizado en 2004-2005 por Frédéric Lainé y Mahrez Okba para ser presentado a la comisión parlamentaria de educación en Francia del Ministère de la Jeunesse, de l'Éducation nationale et de la Recherche.

En esa misma medida, la rebelión de los adolescentes en Francia puso de manifiesto otro fracaso: el de la arquitectura habitacional y el urbanismo que fueran desarrollados por los más entusiastas impulsores de la modernidad lecorbusiana. La vivienda producida en serie, como *máquina de vivir*, demostró una vez más ser un modelo desgastado, con una alta dosis de conflicto potencial. Esto se ve magnificado cuando se trata de conjuntos formados por muchas decenas de edificios, con alturas de 15 o más niveles. Por ello las autoridades francesas se han visto obligadas a reconstruir cada año decenas de miles de viviendas para acondicionar las que se erigieron dentro de esa tipología. Muchas veces esos programas de regeneración urbano arquitectónica incluyen acciones encaminadas a reponer la totalidad de los edificios, en grandes conjuntos habitacionales de las periferias urbanas, precisamente donde se hizo más aguda la violencia en el otoño de 2005.

BIBLIOGRAFÍA

- Attal-Toubert, Ketti y Alice Derosier, 2005, *L'enquête de emploi en 2004*. Institute National de la Statistique et des Études Économiques. Première, mars 2005.
- Boils, Guillermo, 1995, *Diseño y vivienda pública en México*, México, UAM-Xochimilco.
- Chaslin, Francois, 2005, "La guerra francesa del extrarradio" en suplemento cultural Babelia, *El país*, 26 de noviembre, Madrid,
- Chombart de Lauwe, Paul, 1960, *Famille et habitation*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, 2 vols.
- Harvey, David, 1987, *Urbanismo y desigualdad social*, México, Siglo XXI.

INSEE, 2005, *Enquêtes Annuelles de Recensement 2004-5*, París, Institute National de la Statistique et des Études Économiques.

INSEE, 2005, *Les Imigrés en France*, París, Institute National de la Statistique et des Études Économiques.

Jencks, Charles, 1986, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Barcelona, G. Gili.

Kaës, René, 1963, *Vivre dans les grands ensembles*, París, Les Éditions Ouvrières.

Le Corbusier, 1983, *Towards a New Architecture*, Londres, The Architectural Press.

Marlière, Eric, 2005, *Jeunes en cité ¿Diversité des trajectoires ou destin commun?*, París, L'Harmattan.

Mouloud, Laurent, 2005, "Les Banlieues" en: *L'Humanité*, 31 de diciembre de 2005, París,

Pérez Gay, José María, "Francia la aparición del subsuelo" en: *La Jornada*, 28 de noviembre de 2005, México.

Piedel, D., 1970, *Le grand ensemble "Les agents" à Gennevilliers: étude démographique et sociale*, París, Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nanterre.

Rapoport, Amos, 1994, *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, G. Gili.

Publicaciones periódicas

- El Economista*. Diario, México, fechas varias de octubre a diciembre de 2005.
- El País*. Diario, Madrid, fechas varias de octubre de 2005 a enero de 2006.
- La Jornada*. Diario, México, fechas varias de octubre de 2005 a enero de 2006.
- El Universal*. Diario, México, Fechas varias de octubre de 2005 a enero de 2006.
- L'Humanite*. París, números varios de noviembre de 2005 a enero de 2006.
- Le Monde*. Diario, París, fechas varias de noviembre y diciembre de 2005.
- The Guardian*. Diario, Londres, fechas varias de octubre 2005 a enero 2006.
- The Independent*. Diario, Londres, fechas varias de octubre 2005 a enero 2006.
- The New York Times*. Diario, Nueva York, fechas varias: de octubre 2005 a enero 2006.